

CAPITULO II

LA NACIONALIDAD KICHWA DE SUCUMBIOS Y LAS JERARQUIAS COMUNITARIAS

En este capítulo ubico el contexto en el que realicé la investigación sobre la violencia en las parejas kichwas de Sucumbíos. Me interesa identificar las voces de las y los kichwas, el lugar donde habitan con sus historias, y el proceso de asentamiento en el que han construido sus vidas y sus relaciones. Por otra parte presento, en términos generales, las principales estructuras comunitarias y socio-organizativas en las que se mueve la población kichwa de esta zona, y el lugar de las mujeres dentro de estas estructuras.

Me parece fundamental establecer que las mujeres kichwas tienen su propia historia y memoria como actoras fundamentales del proceso de cambio y conservación de las tradiciones comunitarias. Por lo tanto son sujetos de reconocimientos y de silencios, dependiendo de su papel en la familia, en la comunidad y en la federación que las agrupa.

Me interesa destacar el reconocimiento del poder comunitario de las mujeres, evidenciado a través del conocimiento de medicina ancestral y atención tradicional del parto, como una de las ambigüedades que fortalece la naturalización de la violencia y a la vez les permite encontrar formas de resistencia. La intención es, a través de estas mujeres a las que se les reconoce un poder, inferir la situación de las mujeres que no cuentan con este reconocimiento, aquellas que viven y son parte de ese espacio comunitario sin un papel destacado, pero no por ello menos importante. La situación de estas últimas cuya situación es especialmente grave cuanto más lejos viven de los centros urbanos, análisis que ampliaré en el tercer capítulo. Creo que a través de la realidad de las mujeres es posible mirar la realidad de los hombres, aunque sea parcialmente. Para esto ayudan las voces de algunos que decidieron dar su opinión sobre el tema de violencia de género y violencia de pareja, y dejarse ver.

También me refiero a los proyectos que abren y cierran posibilidades a las mujeres kichwas. Particular atención doy al proyecto que me ha permitido acceder a la información de este estudio. Y, además, analizó las relaciones de género que se activan y se instalan en las relaciones cotidianas de los espacios formales e informales en los que las mujeres kichwas participan.

Lugar y memoria

Las comunidades kichwas

Las comunidades kichwas son espacios construidos a lo largo de una transformación de los asentamientos. Tanto en este capítulo como a lo largo del texto es importante tener en cuenta que la comunidad no constituye una entidad unitaria suprema. Es más bien el producto del devenir de varios procesos históricos y sociales, a través de los que se ha constituido un territorio cuya ubicación geográfica es difusa, y en donde hay un intercambio de juegos de poder permanente. También su dinámica se articula a los procesos sociales, económicos y políticos del Estado ecuatoriano que vieron en la región amazónica, una oportunidad para ampliar sus territorios productivos y canalizar una creciente población proveniente de zonas de la costa y sierra del país (CONAIE 1988). El convertirse en una región petrolera, lejos de beneficiar a la población local, constituyó para los pueblos indígenas una abrupta interrupción de su propio proceso de desarrollo, teniendo que replantear su dinámica cultural para engarzarse a los inevitables procesos urbano-mestizos de colonización, en aras de no perder, del todo, sus territorios y su cultura. En este andar, las comunidades kichwas de Sucumbíos han enlazando las exigencias del cambio con sus propias prácticas culturales, y perseveran por mantener su propia historia y memoria.

Pero las comunidades y la Federación de Organizaciones de Nacionalidad Kichwa de Sucumbíos (FONAKISE) a la que pertenecen no se encuentran libres de una historia y memoria donde la discriminación de género existe, siendo la violencia del marido contra la mujer una de las más frecuentes.

El proceso de relacionamiento con la población colona y con las instituciones del estado nación les ha llevado a fortalecer el trabajo organizativo con el fin de obtener recursos referidos prioritariamente a infraestructura, legalización de tierras, producción, préstamos agrícolas, salud; con menor apremio recursos para educación; mientras que la violencia de pareja, ni siquiera ha sido considerada como un problema, salvo menciones que empiezan, veladamente, a cuestionar su existencia.

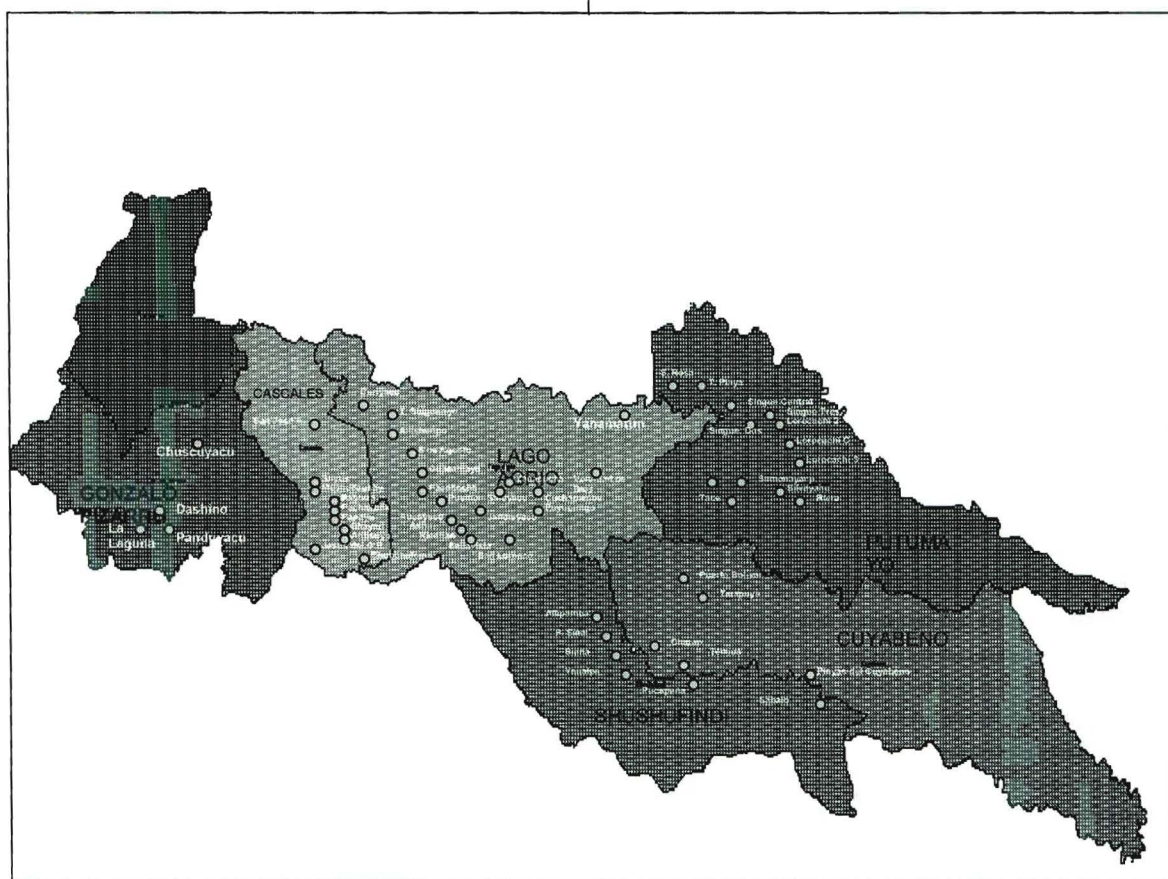
Las redes de relaciones al interior de las comunidades se extienden a la estructura socio-organizativa. Ahí se consolidan espacios de movilidad social y participación de las mujeres que son abiertos y aceptados en mayor medida en tanto posibilitan la gestión de

recursos para la organización; más no son totalmente apreciados como un potencial y menos aun como un derecho.

En este contexto las comunidades kichwas y los espacios socio-organizativos son habitados por hombres y mujeres, cuya identidad y representaciones se han construido paralelamente a la historia de su asentamiento. Actualmente, de las 72 comunidades kichwas, 49 son beneficiarias de los programas y proyectos de la FONAKISE (Ver figura 2). En estas comunidades habitan los hombres y mujeres cuyas voces están presentes en este estudio.

Figura 2: Mapa de la región de estudio

FLACSO - Biblioteca



Fuente: FONAKISE-RIOS. Sistematización experiencia de atención de Tuberculosis. Sucumbíos 2005.

Hablar con estos actores sobre el tema de violencia en las parejas kichwas fue una mezcla de complicación y espontaneidad. Tratar con una persona desconocida sobre temas de

pareja siempre resulta difícil, especialmente para los hombres. Sin embargo, el contacto cotidiano y los variados caminos por los que llegábamos al tema¹ nos fueron familiarizando entre nosotros, y con el tema de violencia como parte del programa de salud. Nos fuimos mirando menos como extraños y más como personas de carne, hueso. Sentimiento y criterio.

Las mujeres kichwas tienen todas su cabello negro y largo, rara vez suelto completamente, de piel canela y andar garboso y seguro. Siempre cuidadosas con su vestimenta que, lejos de responder a las representaciones de las imágenes amazónicas, suele consistir en blusa y pantalón ceñidos, o faldas bajo la rodilla y sandalias de bajo o medio tacón. Sus ojos café oscuro o negro reflejan una mirada siempre expresiva. Al contar su historia, la mayoría se desempeñaban como agentes de salud de la FONAKISE y otras como parteras de su comunidad.

Los hombres, de piel más trigueña de lo normal, por el sol que les ha envuelto desde niños en las labores de campo. De manos callosas y hablar locuaz, su pelo negro y lacio, siempre está recortado. Escuchan y responden entre seriedad y risa, como buscando la complicidad ambigua de reconocer que respecto de la violencia se hace poco o nada. Aunque ellos saben o intuyen que podría ser distinto. También ellos se desempeñaban como agentes de salud, dirigentes o técnicos cuando compartieron su historia.

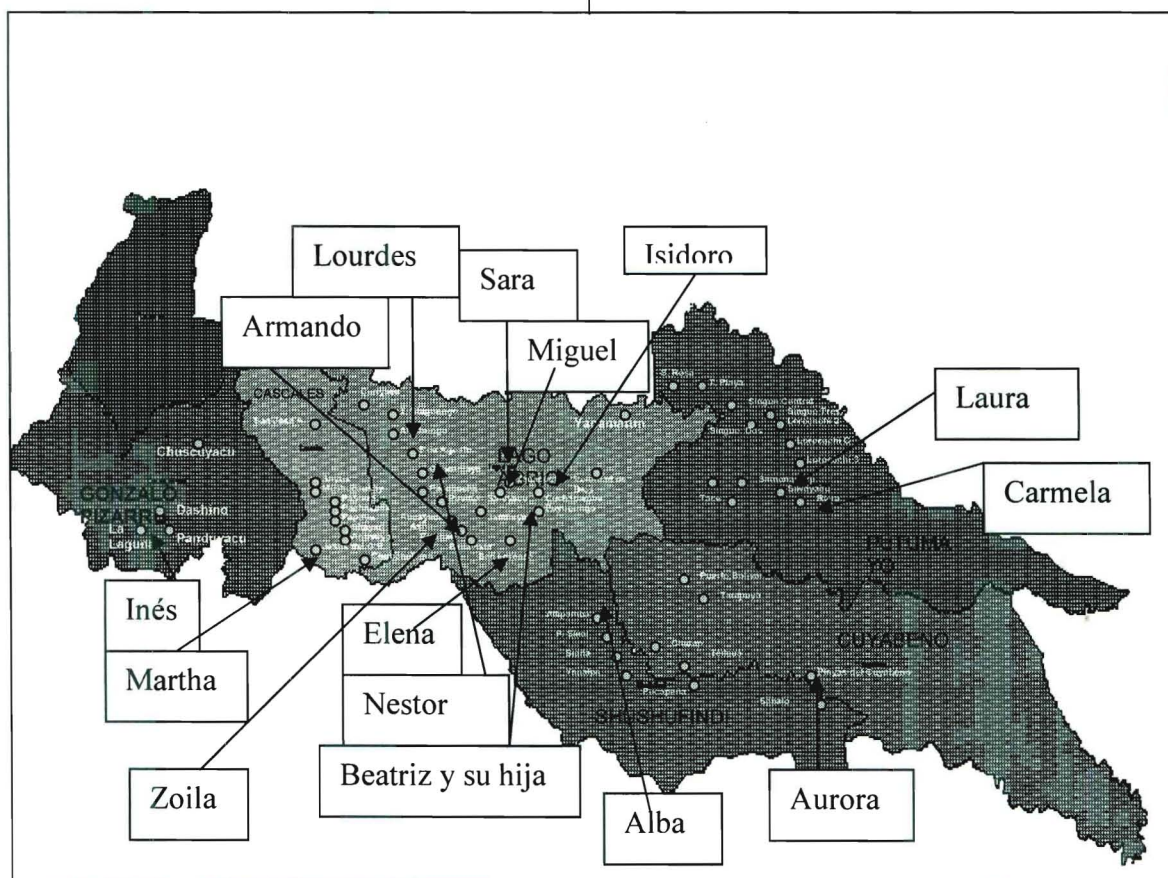
Sus comunidades, pertenecen a sectores de los distintos cantones, en ellas comparten tierra y vivienda con sus familiares consanguíneos o por “parentesco ritual”. Muchas comunidades cuentan con un centro poblado alrededor del cual de han instalado un pequeño número de viviendas. Las otras fincas y viviendas de los socios de esos sectores están muy dispersas y distantes. Para llegar desde sus comunidades a Nueva Loja, cabecera cantonal del cantón Lago Agrio, frecuentemente necesitan caminar a veces por horas hasta un punto de la carretera donde pueden tomar la ranchera que tiene pocas frecuencias y horarios fijos de entrada y salida. No es raro que en algunos casos necesiten cruzar un

¹ Mis primeros contactos con la población kichwa de Sucumbíos a través de la FONAKISE y con los/as técnicos del programa de salud, me indicaron la necesidad de percibir y diferenciar las circunstancias cuando era pertinente abordar el tema de violencia en la pareja. Así, a veces podía hacerlo directamente, otras como parte del contenido de los talleres, charlas y actividades relacionadas con la salud primaria y salud sexual y reproductiva. Los espacios informales y las pausas distendidas entre actividad y actividad favorecieron para que hombres y mujeres contaran sus experiencias desde sus respectivas posiciones. Lo informal se convirtió en oportunidad para hablar del tema. Fue valioso, aunque siempre lo vieron como un acto inusual de respeto hacia con ellos/as, el pedirles una cita formal y privada para hacer las entrevistas a profundidad, “muchas veces” –decían- “vienen, preguntan, y se van, sin ni averiguar si queremos o no hablar”.

tricho de río en pequeñas canoas, en el mejor de los casos a motor. La cercanía geográfica a la cabecera provincial o cantonal no es garantía de vías de acceso y medios de transporte disponibles, ni en buenas condiciones.

Cada mujer y cada hombre de este texto comparten y transmiten su identidad, su lengua, su cultura, sus creencias y prácticas tradicionales. Pero también en su territorio disperso pero común, recogen y transmiten las huellas de las inequidades y la violencia de género en sus propias historias personales. Y en este territorio geográfico esta parte de su historia, su memoria y también sus olvidos (Ver figura 3).

Figura 3: Localización de las comunidades kichwas



Fuente: FONAKISE-RIOS. Sistematización experiencia de atención de Tuberculosis. Sucumbíos 2005².

FLACSO - Biblioteca

² En el mapa original he ubicado en cada comunidad a las mujeres y hombres kichwas que colaboraron con sus testimonios en esta investigación.

La historia del asentamiento

Muchas de las comunidades kichwas de la provincia de Sucumbíos se conformaron como efecto de la propia movilidad de indígenas proveniente de la región del Pastaza y del Alto Napo. El asentamiento de los indígenas kichwas en el territorio de la actual provincia de Sucumbíos³, se habría incrementado a principios de 1900, época en la que grupos de indígenas llegaban con la intención de ocupar las tierras vírgenes y establecer ahí sus fincas. Sin embargo, esta ocupación no siempre era de manera voluntaria, ya que en las décadas de los veinte y treinta con la colonización, la explotación petrolera, la fiebre del oro (Perreault 2002: 31) y la influencia de las misiones y vicariatos de la Iglesia Católica, muchos indígenas kichwas fueron reclutados por empresas privadas, estatal y/o eclesial, como mano de obra barata, gratuita y/o canjeable por tierras.

En su trabajo sobre el Rucuyaya Alonso, Muratorio (1987) destaca cómo este proceso de asentamiento de colonos y compañías petroleras incorporó a los indígenas como mano de obra temporal. Los ingresos obtenidos por este medio servían a los indígenas para invertir en insumos e incrementar la producción de sus fincas o para la adquisición de artículos suntuarios para sus familias (Perreault 2000).

Si bien parte de la ocupación de territorios fue espontánea, tampoco era casual. Desde el siglo XIX el Estado ecuatoriano ya tenía interés en expandir las tierras productivas del país y disciplinar mano de obra para abrir camino en la Amazonía, considerada como tierra de nadie. La alianza entre Estado e Iglesia Católica, para iniciar el proceso “civilizatorio”, fue estratégica para preparar la colonización de la Amazonía y utilizar el trabajo de los indígenas en la zona (CONAIE, 1988). El proceso de asentamiento tampoco era arbitrario; estaba regulado por el Estado ecuatoriano, a través de la Ley de Reforma Agraria y Colonización y de las instituciones encargadas de su ejecución y vigilancia. Esto facilitó el ingreso de población no indígena que desbrozaron territorios vírgenes desplazando a los indígenas de la zona. El reconocimiento que el Estado hizo a la población colona sobre la propiedad de la tierra, aparentemente facultaba a los colonos para orientar a los indígenas que llegaban, sobre el territorio factible de ser ocupado, especialmente de las zonas cercanas a lo que empezaba a constituirse como el centro urbano y la línea de

³ Sucumbíos era parte de la provincia del Napo. Es reconocida por el Estado ecuatoriano como provincia el 13 de Febrero de 1989.

carretera. Tal es así que varios grupos de indígenas migrantes consultaban a los colonos “más prestigiosos” sobre territorios disponibles antes de instalarse o reasentarse.

Beatriz, una de las primeras habitantes de una comunidad kichwas cercanas a Nueva Loja, bebe a sorbitos la chicha de yuca de un cuenco de corteza envejecido, y con la mirada perdida en la espesura de la naturaleza virgen que rodea su comunidad, recuerda:

 Mi padre y tres hermanos hicieron una casita a una distancia de aquí, luego preguntaron a los colonos, a la familia de más influencia de aquí, donde se podían ubicar más cerca. Ellos les dijeron que este sector estaba disponible, entonces lo ocuparon y mandaron a traer a la familia. Ahí nos vinimos nosotros (M04/04-11-04).

Este recuerdo particular es parte de la historia de Puyupungo⁴, fundada hace 28 años por indígenas kichwas que llegaron desde el Puyo⁵. Iniciaron la construcción de pequeños caseríos hechos de madera, y prepararon el terreno para los cultivos. Pronto las evidentes limitaciones de movilización, acceso a servicios y abastecimientos, y la distancia de la línea que sería la carretera principal, les llevó a buscar tierras menos alejadas para reasentarse. De acuerdo a la indicación que recibieron de los colonos, los indígenas tomaron posesión del territorio que actualmente ocupan 38 familias, y que al hacerse legal y lotizarse afilió a 142 socios para la adjudicación de la tierras.

Los territorios que ocupó la población kichwa en Sucumbíos son actualmente, en su mayoría, fincas familiares. Su producción no siempre es suficiente para comercializarla o no tiene la calidad para hacerlo, y muchas veces alcanza solo para el autoconsumo. No es raro que los kichwas propietarios de fincas, contraten a otros que no son dueños de tierras, para realizar el trabajo de recolección de la cosecha, con lo cual, los no propietarios logran añadir algo de dinero al ingreso familiar.

En la mayoría de comunidades las viviendas son sencillas construcciones de madera y rara vez de bloque. Se ubican formando un amplio cuadrado que delimita el espacio comunitario, utilizado además como cancha de deporte. También suelen contar con una casa y letrinas comunitarias. En algunas comunidades los centros poblados están provistos de una pequeña escuela y, dependiendo de la zona, tienen cerca una unidad de salud del Ministerio de Salud Pública. Adicionalmente, cada hogar tiene un huerto familiar y, en

⁴ Asentamiento ubicado a 30 minutos en vehículo del centro urbano de Lago Agrio.

⁵ Puyo es la capital de la provincia de Pastaza, ubicada en la parte central de la Amazonía ecuatoriana.

algunas comunidades, como sucede en Puyupungo, existe un huerto cuya producción y comercialización está a cargo de las mujeres miembros de Warmi Wankurina.

Figura 3: Viviendas



En la memoria de la población kichwa que viven en Lago Agrio desde hace más de 20 años, está registrada la historia de los hombres kichwas que se movilizan a los nuevos territorios, mientras las mujeres y los otros miembros de las familias aguardaban su confirmación para desplazarse a las nuevas tierras, y quedaban a cargo de las tareas productivas y reproductivas en sus lugares de origen. Uno de los hombres adultos que vivieron esta espera cuenta:

Yo me acuerdo porque yo ya casi joven era. Cuando tenía listo casita, aunque sea así no más, pero para que ya viva, ahí mandaba traer o iba personalmente a traer la familia. (...) ahí dejaba encargando la tierra a familia o vecino mismo, y de ahí venía con animalitos, con cositas (H01 07-08-05).

Otros hombres como Néstor, fueron protagonistas de la migración junto con sus mayores y con una compañía petrolera,

Yo vine ya con mi padre porque ya era joven, y vine con Compañía yo. Pero mi padre vino para ver la tierra. En Puyo quedó mi mamacita con hermanos pequeños, ahí quedó con una familia de mis padres, a cargo de huerto y animales quedó. Ya después es que mi padre dijo 'venga, ya tiene donde quedar, ya hay para huerto y ya necesita para que haga cargo de casa'. Ahí es que vino la familia, también mis tíos (H02 12-08-05).

Una vez asentados, los kichwas llevaron a Sucumbíos a sus familias, sus pertenencias mínimas, los animales y las semillas, para establecer su hogar permanente en las nuevas tierras. Asentadas las nuevas comunidades no es raro que a través del matrimonio se hayan

integrado nuevos miembros de otras nacionalidades indígenas amazónicas, generalmente shuar, y de otras etnias como afroecuatoriana o los/as aguallactas (gente mestiza).

La población de las comunidades, comunas o centros –como también las llaman los indígenas kichwas de esta región- suele estar dispersa en los territorios aledaños más o menos extensos, en los que se ubican sus fincas y viviendas. Esta dispersión, sin embargo, no les dificulta identificar su pertenencia comunitaria. Cada comunidad es un territorio inscrito legalmente y cada lote de terreno que la directiva comunitaria entrega está a nombre del socio que lo recibe, o eventualmente de la familia, cuyo representante es el hombre “jefe de familia”.

En este contexto las personas resignifican el pasado, y van construyendo su memoria. De esta manera, lejos de convertir a la comunidad en una unidad suprema, la evidencia como ese espacio geográfico, de cierta forma impreciso, producto del conjunto de estrategias de hombres y mujeres kichwas y de sus redes de parentesco. En donde se viven experiencias comunes y conflictivas y que por lo mismo se convierte en un punto de referencia cultural.

Memoria, cultura, tradición y pasado, son elementos que tienen a ser esencializados, también por la población kichwa. Con lo cual se pierde de vista que durante su conformación, las comunidades construyen una memoria histórica que reconoce como factor fundamental y protagónico en el proceso de asentamiento, la movilidad de los hombres. En este proceso de resignificar el pasado las mujeres, como ha sucedido en otros procesos históricos, no son visibles. No hay memoria de las mujeres que acompañaron a los indígenas en sus primeros viajes, ni de su papel en el proceso del asentamiento, ni lo que significó para ellas este cambio en términos de maternidad, de salud, así como de reconocimiento y aprendizaje del nuevo territorio.

La memoria sobre la que se construye la convivencia en las comunidades, incluye códigos, creencias, tradiciones que refuerzan las relaciones de dominio masculino. Este proceso de constitución comunitaria no solo implica la posesión de un territorio y la mantención de tradiciones propias de la cultura kichwa. También conlleva la repetición constante de prácticas cotidianas, que se incorporan y consolidan en el cuerpo, convirtiéndose en un habitus, en donde la perspectiva masculina predomina.

La memoria comunitaria, y también sus olvidos, socializan los cuerpos de los y las indígenas a través de sus discursos, imágenes y vivencias compartidas colectivamente, como veremos en el capítulo siguiente. Es en esta socialización que la violencia hacia la mujer ha sido una práctica naturalizada y legitimada en las relaciones de género. Las comunidades se convierten en espacios en los cuales la cultura tiende a conservar prácticas que afirman este habitus. Espacios que ignoran o crean olvidos, borrando de la memoria histórica comunitaria las evidencias de la gravedad de la violencia de género y sus consecuencias. La memoria construida por las comunidades aun está ciega frente a la necesidad de cambios sobre este problema.

Roles de género y violencia

Durante el proceso de asentamiento de las comunidades, los nexos con la población colona, misiones religiosas, compañías petroleras, entre otros, exigen una transformación de las relaciones de producción. Con ello también se transforman las representaciones e imaginarios construidos por la nacionalidad kichwa de Sucumbíos sobre su cultura, la familia, las relaciones de pareja, los roles, las prácticas, el ser hombre o ser mujer indígena kichwa.

Para enfrentar este inevitable proceso de incertidumbres y movibilidades, una estrategia comunitaria de esta nacionalidad es el afianzamiento de sus formas culturales tradicionales. Estas nuevas configuraciones, re-elaboradas de acuerdo al momento histórico-social de las comunidades, han potenciado elementos de inequidad y discriminación, que probablemente antes no eran percibidos como tales o no tenían esa implicación en el imaginario colectivo de la comunidad y sus miembros. Beatriz es una de las kichwas que logra plasmar en palabras este cambio.

Si hay creencias, pero la mujer no entra al huerto solo por creencias, sino porque así es desde guagua. Haya o no haya creencia a mujer toca sembrar y cosechar yuca. Igual que hombre sale a cazar; en comunidades más lejos sale 3, 4 días. Aquí ya no tanto. Allá lejos, caza, regresa y deja mono, guanta, animal de monte así, tirado en la cocina. Y ahí a quien toca, a la mujer pues, hijas, esposa, tiene que cocinar. Si no, acaso él hace, él 'ya vengo trayendo carne' dice. Después acuesta en hamaca y espera que mujer cocine. Pero eso no es por ritual o cosa espiritual, es porque así es de ser, desde tiempo de antes. Así han enseñado, mujer cocina, hombre caza (M04-04-11-04).

En la comunidad, la individualidad diluida y unificada dentro de una gama de representaciones e imaginarios, no evita que las mujeres y los hombres se perciban como una dicotomía, es decir, como individuos polarizados no solo desde lo biológico, sino desde la forma como “estructuran la percepción y la organización concreta y simbólica de toda la vida social” (Lamas 1998; 15).

Este mundo colectivo privilegia la tradición y la visión masculina para construir el mundo kichwa. Ello tiene efectos. Por ejemplo, divide los espacios (campo-casa), las formas comunales de producción (huerta-caza), las responsabilidades reproductivas (provisión-alimentación), el manejo del tiempo (aligeramiento o recarga de tareas). Este aspecto tiene dos versiones, una desde una lógica de la cosmovisión y el simbolismo cultural. Pero por otra parte, son dicotomías que bajo la justificación de la tradición esconden juegos de poder incorporados y puestos en escena permanentemente, para mantener el poder masculino y la subordinación femenina.

El hombre ha incorporado una función proveedora que se evidencia en la obligación de trabajar, dentro o fuera de la comunidad, en actividades que suministran a la familia de recursos económicos y alimenticios. La producción, comercio, caza, pesca, gestión, relación con actores externos, marcan en el hombre kichwa la responsabilidad de generador del sustento familiar, y lo ligan al mundo más allá de los límites comunitarios. En este proceso se los somete a un conjunto de principios que los “masculinizan”. Los ritos, prácticas y discursos que los posicionan y legitiman como hombres, están impresos en el tipo de relaciones que ellos establecen, dentro y fuera de la comunidad, alejados de todo lo que afectiva y simbólicamente se asocia con lo femenino. Miguel, con su rostro sereno, la mirada seria y con la certeza de que eso de ser hombre está absolutamente claro, dice:

Antes había que levantar temprano y tomar guayusa. Ahí padres aconsejaban a uno. Y de ahí la costumbre que uno tenía que ir a monte a cazar, sino no pasaba a ser hombre, así. Y hombre tiene que casar con warmi que padres ayudan a ver para uno. Así hacendosa, sepa cocinar, preparar chicha, mujercita de casa, así. (...) Uno, no pues, ir donde padre a llorar después, no pues [ríe] eso la mujercita en veces hace eso. Uno de hombre llorando, no pues [ríe]. Cómo va a ser eso. Llorando como warmi. (...) Cómo si ahora, mandarina⁶ mismo dice a hombre cuando ayuda en casa a la mujer. Yo hago si,

⁶ Término popular desvalorizante que se utiliza para calificar a los hombres que rompen con los que tradicionalmente les han sido otorgados para “masculinizarlos”.

pero no todo. Cualquier cosita ayudo, ahí no más. Mujercita es que debe hacer, no hombre. Cómo va a ser eso!?! (H01 07-08-05).

En tanto, la mujer tiene a cargo el cuidado de la casa, cocinar, lavar, preparar chicha, crianza de los hijos e hijas, la atención de los animales y la producción del huerto. Además contribuye con su trabajo a la producción de la finca. En las comunidades kichwas es característico que la mujer también sea la responsable del cuidado de las personas enfermas y ancianas. Estas tareas reproductivas imprimen en la mujer una forma de vida relacionada, predominante o exclusivamente, con el mundo comunitario y familiar. En este mundo en el que las mujeres reproducen y socializan las prácticas, ellas logran percibir cada vez con mayor claridad, las diferencias e inequidad en esta forzada disociación de la realidad. El testimonio de una dirigente kichwa reconocida en las comunidades y en la organización refiere esta situación de la siguiente forma:

La mujer, aunque esté embarazada, llega a la casa y cocina; lava; plancha; barren su cocina, su cuarto, y hacer bañar a los niños cuando se ensucian. Tienen derecho⁷ de hacer todas las cosas. Las mujeres no pasamos así libre como los hombres. Los hombres llegan del trabajo, descansan, por la tarde salen al juego y para la merienda llegan y dicen ‘¿que estás haciendo que no has cocinado, que no has preparado, que estabas haciendo?’ A veces viene en contra de la mujer, coge sus correazos o palos o sus patadas o puñetes de gana (M01/17-08-04).

Las comunidades no tienen un registro memorístico u oral que indique si, los discursos, los actos, las creencias y las prácticas tradicionales, siempre fueron inequitativas y discriminatorias o existió algún punto de quiebre que las convirtió en tales. Pero de cualquier manera, en este hecho con seguridad influyen el cambio de las relaciones de producción, el simbolismo de la cultura kichwa amazónica y las nuevas representaciones sociales que se imbricaron fuertemente entre si. Y adicionalmente el proceso de movilidad, asentamiento, colonización y conformación del nuevo espacio social, geográfico, económico y político de la zona.

De un modo general podría decirse que entre las mujeres y hombres kichwas, estos roles productivos y reproductivos se reproducen y fortalecen. Aunque en la informalidad de las prácticas cotidianas estos límites de las actividades asignadas por género a veces pueden

⁷ Es frecuente, entre ciertos sectores de la población, usar el término derecho en el sentido de obligación.